

Señor Rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala:

Nuestro Comité, en la sede acogedora de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, lo recibe en este acto para darle las gracias por su presencia, para que lleve Usted un testimonio más de la hermosa solidaridad del pueblo de México.

Señoras y señores:

Hemos sentido, más visceralmente que nunca, lo que los mexicanos realizaron. La ayuda de todos. Entre tal virtud, destaco la del Maestro, Doctor Jesús Silva Herzog.

Guatemala no olvidará el auxilio que México nos dio y sigue dando, para mitigar ingentes requerimientos.

Nunca olvidaremos a los artistas que nos ayudaron; a las republicanas de la organización Creced, que hoy tienen la felicidad de participar en el resurgimiento revolucionario de España.

Nunca olvidaremos la colaboración del Museo Nacional de Antropología. La del subdirector, Mario Vásquez. La de la subastadora, Raquel Tibol.

Nunca olvidaremos a las museógrafas que durante semanas trabajaron mañana, tarde y noche, para auxiliar al pueblo guatemalteco: Coral Ordóñez, Cristina Antúnez, Miriam de Kerriou, Kathy Denman, Trinidad Lairigoyen.

Subrayo pueblo, Señor Rector. Se aligeraba el esfuerzo con la seguridad de que esta ayuda irá a las clases más explotadas, a las verdaderas víctimas.

El dolor nos ha acercado, nos ha reunido con transparencia suma; nos ha revelado lo que el corazón de los pueblos alberga.

Esta atención concreta y eficaz, inmediata y espontánea, (¡habría tantos preciosos detalles que contar!), manifestada con actos, con hechos, con la activa presencia de la más elevada representación, excede la certeza de una fraternidad que hemos animado y acrecentado constantemente.

Si aludo a mi caso particular, por haber vivido en México más años, con excepción de Carlos Mérida, es con el designio único de intentar decir, por caminos de la experiencia y del sentimiento, lo que tales vínculos entrañan.

Nos unen culturas milenarias; nos une el destino de problemas semejantes; nos unen nombres universales. Como Bernal Díaz del Castillo y mi triple paisano, Rafael Landívar.

Si inquirimos en la obra de Carlos Mérida, reparamos con prontitud en sus raíces. Al escribir acerca de México, aun cuando no me lo propongo, se transluce, se filtra a mi cuidado, la nostalgia de Guatemala.

Por el entendimiento más firme y más legítimo, el soterraño, México es tierra de mi elección. Como para miles de compatriotas, peones en Soconusco o catedráticos universitarios. Me maravillaba antes de encontrarle. No diría que México es mi segunda patria. No hay patrias segundas. Feliz y atormentado, cuando a mi mujer mexicana, aquí he vivido más años que en mi tierra, que siempre me ha expulsado minuciosamente.

Un guatemalteco no es desterrado en México, no sólo porque nada ni nadie nos puede quitar a nuestra tierra, sino por idiosincrasia mexicana.

Los guatemaltecos que por distintas razones hemos vivido muchos breves años en México, sufrimos sus problemas como propios. Porque son propios. Además, muchos de nuestros incomparables amigos son mexicanos. La amistad es flor que por doquiera crece en México. Y valoramos, con singular ternura, a tal fertilidad esparcida. México no es el Coloso del Norte. Es el hermano mayor.

En la sencillez de lo cotidiano, en la inteligencia, en la sensibilidad y en la cultura, jamás habrán fronteras. Las ideas sólo pueden ser exóticas para quien no tiene ideas.

Con el fuego de José Clemente Orozco vivimos igual pasión por la libertad; con la trémula voz enlutada de López Velarde; con la sedosa sonrisa de tigre de Betres Montúfar. Nos son comunes los Grandes Maestros, Magos de nuestras llameantes mitologías. Y asumimos una tierra y un cielo sin Suchiate.

Más allá del dolor de la catástrofe, fortalezcamos la vinculación de nuestros pueblos. Al vivir con responsabilidad, al vivir la determinación de nuestro presente por el futuro, me refiero a un sentido de trascendencia, tengo para mí, como certidumbre, que el cumplimiento de lo que todavía hoy es primaria aspiración en Guatemala, ascenderá el afecto popular.

No entraré en generalizaciones, y menos en detalles. Berrunto que si nos hemos apartado alguna vez, no ha sido sólo por graves vicisitudes de caóticas épocas y de recíprocas estupideces, también ha sido por el desnivel en el desarrollo social, político, económico, técnico y cultural entre ambos países.

México está luchando por industrializarse. En Guatemala, el pueblo está luchando porque desaparezca la relación de amo a siervo.

Lo fundamental en este acto de fraternidad, es el anhelo guatemalteco de expresar algo de nuestra gratitud.

Y para concluir, Señor Rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala, doctor Roberto Valdeavellano, le rogamos reiterar en sus recintos y fuera de ellos, la espléndida respuesta recibida de la solicitud mexicana.

En lo personal, le ruego un beso en la frente del Volcán de Agua, eje del paisaje guatemalteco, que comienza a empinarse en la propia plaza mayor de Antigua.